

Bienvenidos a la casa del mono

Ed. Extemporáneos, México, 1974

48

KURT VONNEGUT, JR.

cia la salida trasera. "«Mirame tan sólo con agrado» —dijo Harry— «y quedo a prueba contra su enemistad»".

"«Por cuanto vale el mundo, ¡no quisiera que te viesen aquí!»",* dijo Helene, y fue lo último que escuchamos. Abrieron la puerta y desaparecieron.

Y no llegaron a la fiesta para los actores. Se casaron a la semana siguiente.

Se ven muy felices, aunque a veces su comportamiento es algo raro. Todo depende de la obra que se estén leyendo en ese momento.

El otro día pasé por la compañía de teléfonos debido a que la facturadora seguía cometiendo sus errores estúpidos. Le pregunté cuáles obras habían leído últimamente.

"Durante la última semana —me dijo— he estado casada con Otelo, he sido amada por Fausto y raptada por Paris. ¿No piensa que soy la chica con más suerte del pueblo?"

Le dije que sí, y que la mayoría de las mujeres del pueblo también lo pensaban.

"Ellas tuvieron su oportunidad", me contestó.

"La mayoría no pudo aguantar el borlote", le dije. Y le dije que me habían pedido dirigir otra obra. Le pregunté si estarían disponibles. Con una gran sonrisa, me preguntó: "¿Quiénes somos esta vez?".

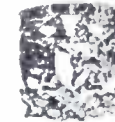
(1961)

* *La tragedia de Romeo y Julieta*, Colección Austral, Espasa-Calpe.

08-28
1997

Bienvenidos a la casa del mono

COORDINACION DE HUMANIDADES



PROGRAMA UNIVERSITARIO DE
ESTUDIOS DE GENERO
"Biblioteca Rosano Castellanos"

Así que Pete Crocker, el alguacil del Condado de Barnstable, que era todo Cabo Cod, llegó al Salón Federal de Suicidios Éticos, en Hyannis, una tarde de mayo, les dijo a las dos Edecanes —de seis pies de estatura— que no debían de alarmarse, pero se sabía que un notorio cabeza-vacia llamado Billy el Poeta se dirigía hacia el Cabo.

Un cabeza-vacia era una persona que se negaba a tomar sus píldoras éticas para controlar la natalidad tres veces al día. El castigo era multa de diez mil dólares y diez años en la cárcel.

Bienvenidos.—4

13.056/TF488
41569

Esto sucedía cuando la población de la Tierra llegaba a diecisiete mil millones de seres humanos. Eran demasiados mamíferos grandes para un planeta tan pequeño. La gente vivía tan amontonada como las drupas.

Las drupas son esas borlillas carnosas que componen la parte externa de una frambuesa.

Así que el Gobierno Mundial se había enfrentado al problema de la sobrepoblación desde dos ángulos. Uno era el estímulo de suicidio ético, que consistía en ir al Salón de Suicidios más cercano y decirle a la Edecan que te matara sin dolor mientras estabas acostado sobre un sofá-barco. El otro consistía en el control ético y obligatorio de la natalidad.

El alguacil le dijo a las Edecanas, que eran bonitas, duras de pensamiento y muy inteligentes, que se colocarían agentes en las carreteras y que se estaba buscando de casa en casa para localizar a Billy el Poeta. La dificultad principal era que la policía no tenía sus señas. Las pocas personas que lo habían visto y conocido eran mujeres, y ninguna se ponía de acuerdo acerca de su estatura, el color de su cabello, su voz, su peso, el color de su piel.

“Creo no tener que recordarles —siguió el alguacil— que un cabeza-vacia es muy sensible de la cintura para abajo. Si Billy el Poeta les cae por aquí y empieza a hacer de las suyas, una patada en el lugar adecuado será más que suficiente”.

Se refería al hecho de que las píldoras éticas para el control de la natalidad, la única forma legal para controlar la natalidad, adormecían a la gente de la cintura para abajo.

La mayoría de los hombres decía que sus cuerpos, de la cintura para abajo, parecían hierro frío o madera de balsa. La mayoría de las mujeres decía que sus cuerpos, de la cintura para abajo, parecían algodón mojado o *ginger ale* viejo. Las píldoras eran tan efectivas que

podías tapparle los ojos a un hombre que las había tomado, decirle que recitara el Discurso de Gettysburg, darle un puntapié en los huevos mientras lo hacía y no se le iba ni una sílaba.

Las píldoras eran éticas porque no interferían con la capacidad de una persona para reproducir, lo cual hubiese sido antinatural e inmoral. Las píldoras únicamente le quitaban todo el chiste al sexo.

Es así como la ciencia y la moral iban tomadas de la mano.

Las dos Edecanas ahí en Hyannis se llamaban Nancy McLuhan y Mary Kraft. Nancy era rubia fresa. Mary era morena lustrosa. Sus uniformes consistían en lápiz labial blanco, maquillaje recargado en los ojos, pantimedias púrpura con nada abajo y botas de cuero negras. Su campo de operaciones era pequeño: sólo seis cabinas para suicidios. En una buena semana, digamos la semana antes de Navidad, podían dormir a sesenta personas. Lo hacían con una jeringa hipodérmica.

“Lo que les quiero decir, muchachas —dijo el Alguacil Crocker— es que todo se encuentra bajo control. Ustedes sigan atendiendo su negocio”.

“¿No tiene algo más que decirnos?”, le preguntó Nancy.

“No entiendo”.

“No escuché que dijera que lo más probable es que se dirija derechito hacia nosotras”.

Se encogió de hombros fingiendo una inocencia torpe. “Eso no lo sabemos de seguro”.

“Pensé que eso era precisamente lo que se sabía acerca de Billy el Poeta: que se especializa en violar a las Edecanas de los Salones Éticos de Suicidio”. Nancy era virgen. Todas las Edecanas eran vírgenes. También se les exigía estudios avanzados en psicología y enfermería.

También tenían que ser rollizas y coloradas, y de un mínimo de seis pies de estatura.

América había cambiado en muchas cosas, pero aún le faltaba adoptar el sistema métrico.

Nancy McLuhan estaba molesta porque el alguacil trataba de protegerlas —a ella y a Mary—, no diciéndoles toda la verdad acerca de Billy el Poeta, como si les fuera a entrar pánico si la supieran. Y se lo dijo al alguacil.

“¿Cuánto tiempo cree que una chica podría durar en el S.E.S.” —dijo, refiriéndose al Servicio Etico de Suicidios—, si se espantara con tanta facilidad?”

El alguacil dio un paso atrás y metió la barbilla. “Me imagino que no mucho tiempo”.

“Eso es cierto”, dijo Nancy, cerrando la distancia que había entre ellos y ofreciéndole su mano para que la olfateara, la cual se encontraba en una posición de karate. Todas las Edecanes eran expertas en judo y karate. “Si quiere saber qué tan impotentes somos, nada más acérquese y haga como que es Billy el Poeta.”

El alguacil movió la cabeza y su sonrisa era vidriosa. “Prefiero no hacerlo”.

“Eso es lo más inteligente que ha dicho hoy”, dijo Nancy, dándole la espalda, mientras Mary se reía. “No tenemos miedo: estamos furiosas. Ni siquiera eso. No vale la pena. Estamos aburridas. Qué aburrido que venga hasta acá, causando tanto alboroto, sólo para...” Dejó que muriera la frase. “Es demasiado absurdo”.

“No estoy tan enojada con él como con las mujeres que se dejaron hacer todo lo que él quiso sin defenderse —dijo Mary—, que lo dejaron hacer y luego no pudieron dar sus señas a la policía. ¡Y eran Edecanes del Suicidio!”

“Hay algunas personas que han dejado de practicar el karate”, dijo Nancy.

Billy el Poeta no era el único que se sentía atraído

por las Edecanes de los Salones Eticos de Suicidio. Todos los cabezas vacías sentían lo mismo. Encontrándose medio locos de sexo por no disfrutar de él pensaban que los labios blancos y los grandes ojazos y las pantimedias y las botas de las Edecanes querían decir, *sexo, sexo, sexo*.

Claro está que el sexo era lo último en que podía pensar una Edecan.

“Si Billy sigue su táctica acostumbrada —dijo el alguacil—, estudiará sus costumbres, así como el vecindario. Y luego escogerá a alguna de las dos y le enviará unos versos sucios por correo”.

“¡Qué agradable!”, dijo Nancy.

“También se sabe que utiliza el teléfono”.

“¡Qué valiente!”, dijo Nancy. Por encima del hombro del alguacil, pudo ver que se acercaba el cartero.

Se prendió una luz azul encima de la puerta de una cabina, de la cual era responsable Nancy. La persona ahí adentro quería algo. Era la única cabina que se utilizaba en ese momento.

El alguacil le preguntó si había una posibilidad de que la persona en la cabina fuera Billy el Poeta, y Nancy dijo: “Pues si es, puede romperle el cuello con el pulgar y el índice”.

“Viejo Zorro”, dijo Mary, que ya lo había visto. Un Viejo Zorro era cualquier hombre viejo, simpático y senil, que a base de evasivas, bromeaba y se ponía a hablar durante horas de cosas pasadas antes de permitir que la Edecan lo durmiera.

Nancy lanzó un quejido. “Nos hemos pasado las últimas dos horas tratando de decidir qué se le servirá en su última cena”.

Y luego entró el cartero con una sola carta. La dirección venía escrita descuidadamente a lápiz, y estaba dirigida a Nancy. Se veía espléndida de enojo y disgusto

mientras la abría, sabiendo que sería alguna porquería de Billy.

Tenía razón. Adentro del sobre había un poema. No era un poema original. Era una canción muy vieja que había tomado nuevo sentido desde que el adormecimiento, debido al control ético de la natalidad, se había hecho universal. Iba así, y también estaba escrita a lápiz:

*Caminábamos por el parque,
Palpando estatuas en la obscuridad.
Si el caballo de Sherman lo aguanta,
Tú también.*

Cuando Nancy entró a la cabina para ver lo que quería, el Viejo Zorro se encontraba acostado sobre el sofá-barco color menta, en donde cientos de personas habían muerto tan tranquilamente a través de los años. Estudiaba el menú del Howard Johnson's que se hallaba al lado y llevaba el compás del Muzak que salía del altavoz en la pared verde limón. El cuarto estaba pintado de color ceniza. Había una ventana con barrotes y cortinas venecianas.

Había un Howard Johnson's junto a cada Salón Ético de Suicidios, y vice-versa. El Howard Johnson's tenía un tejado anaranjado y el Salón de Suicidios tenía un tejado morado, pero ambos eran el Gobierno. Prácticamente todo era el Gobierno.

Prácticamente todo se encontraba automatizado, también. Nancy y Mary y el alguacil tenían suerte al haber encontrado empleos. La mayoría de la gente no los tenía. El ciudadano promedio se quedaba en casa, abatido, y miraba la televisión, que era el Gobierno. Cada quince minutos su aparato lo presionaba para que votara con inteligencia o que consumiera con inteligencia o que asistiera a la iglesia a la que perteneciera o que amara a sus semejantes o que obedeciera la ley o que hiciera una vi-

sita al Salón Ético para Suicidios más cercano y descubriera qué tan amigable y comprensiva podía ser una Edecan.

El Viejo Zorro era algo así como una rareza, ya que se encontraba marcado por la edad, era calvo, temblaba, y tenía manchas en las manos. La mayoría de la gente representaba veintidós años, gracias a las inyecciones anti-vejez que se ponían cada dos años. El hecho de que el viejo representara su vejez demostraba que las inyecciones se habían descubierto después de haber volado su dulce pájaro de la juventud.

"Ya decidimos sobre la última cena", le preguntó Nancy. Por su voz, se dio cuenta que estaba malhumorada; se escuchó traicionando su exasperación con Billy el Poeta, su aburrimiento con el viejo. Se sintió avergonzada, ya que mostraba su falta de profesionalismo. "La chuleta de ternera empanizada está muy buena".

El viejo enderezó la cabeza. Con la astucia voraz de la segunda infancia, había captado la falta de profesionalismo y de bondad de la Edecan y la iba a castigar. "No parece usted muy amigable. Pensaba que todas ustedes eran amigables. Pensaba que se trataba de un sitio agradable".

"Disculpe usted —dijo ella—. Si parezco poco amigable, no tiene nada que ver con usted".

"Pensé que a la mejor la estaba aburriendo".

"No, no —dijo con entusiasmo—, de ninguna manera. Todo lo que sabe usted de historia es muy interesante". Entre otras cosas, el Viejo Zorro presumía de haber conocido a J. Edgar Nation, el farmacéutico de Gran Rapids que era el padre del control ético de la natalidad.

"Entonces *haga* como que se interesa", le dijo. Sabía que no habría bronca por su desfachatez. Después de todo, podía irse en cualquier momento, hasta el momento en que pidiera la aguja, y él tenía que *pedirla*. Era la ley.

El arte de Nancy, el arte de toda Edecan era ase-

gurar que no se fueran los voluntarios, para lo cual tenían que rogarles, halagarlos y darles por su lado, con mucha paciencia y en cada momento.

Así que Nancy se vio obligada a sentarse ahí en la cabina, tuvo que fingir estar maravillada de la frescura del relato que contaba el viejo, un relato que todo mundo conocía, acerca de cómo a J. Edgar Nation se le ocurrió experimentar con el control ético de la natalidad.

"Jamás llegó a pensar que algún día los seres humanos tomarían sus píldoras —dijo el Viejo Zorro—. Su sueño consistía en introducir la moralidad en la casa del mono en el zoológico de Gran Rapids. ¿Se había usted dado cuenta de eso?", le preguntó con severidad.

"No, no me había dado cuenta. Es muy interesante".

"Un día de Semana Santa fue a la iglesia con sus once hijos. Y el día estaba tan bonito y el servicio de pascua había sido tan bello y puro que decidieron dar un paseo por el zoológico y parecía como si caminaran sobre nubes".

"Hum". La escena descrita estaba tomada de una obra que pasaba por la televisión todos los años en Semana Santa.

El Viejo Zorro se introdujo en la escena, había platicado con el matrimonio Nation inmediatamente antes de que entrara a la casa del mono. "«Buenos días, señor Nation —le dije—. Hace una mañana preciosa». «Y buenos días tenga usted, señor Howard», me contestó. «No hay nada como una mañana de cuaresma para hacer que un hombre se sienta limpio y vuelto a nacer y unido a las intenciones de Dios»".

"Hum". Nancy podía escuchar que el teléfono sonaba débil pero insistentemente a través de la puerta, que era prácticamente a prueba de sonidos.

"Así que juntos fuimos a la casa del mono, ¿y qué cree que vimos ahí?".

"No me lo puedo imaginar". Alguien había contestado el teléfono.

"¿Vimos a un mono jugando con sus partes privadas!"

"¡No!"

"¡Sí! Y J. Edgar Nation se vio tan trastornado que se fue derecho a su casa y empezó a elaborar una píldora para que los monos en la primavera pudieran ser vistos con decencia por una familia cristiana".

Se escuchó que tocaron la puerta.

"¿Sí...?", dijo Nancy.

"Nancy —dijo Mary—, te llaman por teléfono".

Cuando Nancy salió de la cabina encontró al alguacil ahogándose de la risa, ya que pronto se cumpliría la ley. El teléfono se encontraba intervenido por agentes escondidos en Howard Johnson's. Se creía que Billy el Poeta estaba en la línea. Habían rastreado la llamada. La policía se encontraba en camino para detenerlo.

"Reténgalo, reténgalo", le dijo en el oído a Nancy, y le entregó el auricular como si fuera de oro puro.

"¿Sí...?", dijo Nancy.

"¿Nancy McLuhan?", preguntó un hombre. La voz se oyó desfigurada. Podía haber estado hablando a través de una chicharra. "Le hablo de parte de un amigo común".

"¿Oh?"

"Me pidió que le diera un mensaje".

"Ajá".

"Es un poema".

"Está bien".

"¿Lista?"

"Lista". Nancy podía escuchar las sirenas al fondo de la llamada.

El que llamaba también debe de haberlas escuchado, pero recitó el poema sin emoción alguna. Era así:

*"Empápate en Crema de Jergen.
Aquí viene el hombre responsable
de la explosión demográfica".*

Lo pescaron. Nancy lo escuchó todo, los porrazos y las pisadas, los gritos y el alboroto.

La depresión que sintió al colgar era glandular. Su bravo cuerpo se había preparado para una lucha que ya no sería.

El alguacil salió corriendo del Salón para Suicidios con tanta prisa —quería ver al famoso criminal que había ayudado a pescar— que se le cayó un rollo de papeles de la bolsa del saco.

Mary recogió los papeles y llamó al alguacil. Este se detuvo un momento, dijo que los papeles ya no tenían importancia y le preguntó si no le gustaría acompañarlo. Las dos muchachas cuchichearon agitadamente y Nancy trató de convencer a Mary para que fuera, declarando que no sentía curiosidad acerca de Billy. Así que Mary se fue, entregando el rollo de papeles a Nancy como algo que no viene al caso.

El rollo resultó ser copias fotostáticas de poemas que Billy había enviado a Edecanes de otros lugares. Nancy leyó el primero. Destacaba un aspecto secundario, peculiar, de las píldoras para controlar la natalidad. No sólo adormecían a la gente, también hacían que la orina fuera azulada. El poema se llamaba *Lo que Cabeza Llena dijo a la Edecana de Suicidios*, e iba así:

*No sembré, no hilé,
Y gracias a la píldora no pequé.
Amé las muchedumbres, la peste, el ruido,
Y cuando oriné, oriné color turquesa.
Comí bajo un techo de naranja;
Giré con el progreso como una bisagra.
Bajo el tejado morado he llegado hoy
A poner fin meando a esta vida azulada.*

*Anfitriona virgen que recluta a la muerte,
La vida es un encanto, pero tú lo eres más.
Llora por mi pito, hija morada...
Pues todo lo que pasó fue agua azul cielo.*

"¿Nunca ha escuchado usted ese relato acerca de cómo J. Edgar Nation llegó a inventar el control ético de la natalidad?", quería saber el Zorro Viejo. Su voz se volvió más tosca.

"Nunca la escuché", mintió Nancy.

"Pensé que todo mundo la conocía".

"Para mí es algo nuevo".

"Cuando terminó con la casa del mono, era imposible distinguirla de la Suprema Corte de Michigan. Mientras tanto, había una crisis en las Naciones Unidas. Los que entendían acerca de la ciencia decían que la gente tenía que dejar de reproducirse tanto, y los que entendían acerca de la moral decían que la sociedad se hundiría si la gente usaba el sexo por puro placer".

El Zorro Viejo se bajó de su sofá-barco, se dirigió a la ventana y abrió dos tablillas de la persiana. No había mucho que ver afuera. Bloqueaba la vista la parte trasera de un remedo de termómetro de veinte pies (unos seis metros) de altura, que daba a la calle. Estaba calibrado por los miles de millones de personas que había en la Tierra, de cero a veinte. La falsa columna líquida estaba hecha de una tira de plástico rojo transparente. Mostraba el número de personas que había en la Tierra. En la parte inferior había una flecha negra señalando lo que los científicos pensaban debía de ser la población.

El Zorro Viejo miraba el atardecer a través del plástico rojo, y a través de la persiana, también, de modo que tenía la cara dividida por franjas de sombra rojas.

"Dígame... —preguntó—, cuando me muera, ¿cuánto bajará el termómetro? ¿Un pie?"

"No".